

nador del castillo, el alcalde usurpó este mando; Brissac, á quien Mayenne había nombrado gobernador del Poitou, no había podido hacerse admitir en la asamblea municipal del mes y cien (así denominada porque se reunía todos los meses y se componía de 100 regidores ó consejeros); y Abbeville demolió, con permiso del duque de Aumale, el castillo que la dominaba, pero negó al mismo duque la autorización para alojar á las tropas de la Liga y la corporación de regidores ordenó que se recomendara y se invitara á los habitantes del campo á que proporcionaran cierto número de hombres por cada aldea «para la defensa de esta ciudad.» En otras partes la población elegía á sus jefes militares; la de Dreux eligió gobernador á Contenant, á pesar de que Mayenne había designado á Vieux-Pont, y Mayenne protestó, ¡pero con qué miramientos!, contra un acto que consideraba «ser de demasiada importancia para su autoridad.»

Los habitantes de Saint-Flour, sin preocuparse del jefe de la Liga ni del gobierno central, juraban «reconocer á monseñor el duque de Nemours como gobernador y lugarteniente general en el gobierno de Lionnois, Baujoullois, Bourbonnois, Alta y Baja Marca, Forez y Alta y Baja Auvernia» (12 de noviembre de 1590), y creaban en aquel alto país (en la Alta Auvernia) un Consejo de la Unión de los Católicos «para el mantenimiento de la religión católica, extirpación de los herejes, defensa del dicho país y bien y reposo del mismo,» y se hicieron autorizar por el lugarteniente de Nemours, que estaba ausente, para conservar aquel Consejo, fundir cañones, «recuperar las ciudades y los fuertes de que se han apoderado en dicho país los enemigos (los realistas)» y percibir 3.000 escudos del primer fondo de los ingresos de los pechos (1.º de enero de 1591). Mayenne, que vigilaba con cierta inquietud la ambición de Nemours y ese despertamiento del espíritu municipal, lamentábase de ello en términos suaves: «No puedo menos de alabar, escribía al señor de Hurault (1), lo que se ha hecho en la ciudad de Saint-Flour, pues en todos sus actos se ha demostrado mucho afecto al bien de esta santa causa; pero darles confirmación particular para aprobar más lo que allí se ha hecho, sería censurar lo que me he visto obligado á hacer en París y en otras ciudades y podría traer demasiada importancia para aquellos que todavía tienen ganas de levantarse en estado popular: antes al contrario es preciso trabajar para hacer que todo vuelva, en lo posible, bajo la forma antigua de la monarquía en la que hemos vivido hasta el presente» (8 de abril de 1591). Las ciudades, decía el duque de Nevers, usurpan toda autoridad como si fuesen repúblicas. Los habitantes de Saint-Malo mataron al gobernador nombrado por Enrique III, el señor de Fontaines; se negaron á aceptar otro que Mercoeur quería nombrar, y expulsaron á su obispo, á pesar de titularse éste buen católico. Arlés, neutral entre todos los partidos, púsose «bajo la protección y potestad del papa,» mientras no hubiera un rey católico.

En las grandes ciudades, el odio á la nobleza era profundo; la democracia liguera le echaba en cara que hacía una guerra cortés á los hidalgos realistas y una

(1) Jacobo Hurault II, señor de Saint-Denis, que mandaba en Auvernia en nombre de la Liga.

guerra implacable al villano católico, que robaba, se entregaba al bandolerismo y saqueaba y se batía débilmente por la santa causa de la Unión. Reaparecían los antiguos resentimientos de los municipios contra los señores; el autor de los «Artículos y Memorias» redactados para los Estados de Reims, que probablemente es uno de los consejeros de Mayenne, se lamenta de que las grandes ciudades tienden á la anarquía y con sus pretensiones se enajenan el corazón de los hidalgos, «porque no hay celos que lleguen más adentro del corazón del francés, de suyo generoso, bondadoso y criado bajo las leyes de la monarquía, como el temor de un Estado popular y tumultuoso y de la instauración de una República en la que no haya distinción de categorías y de cualidades de las personas, ni diferencia entre su nacimiento y extracción y la de los hombres de condición baja.»

Para volver, «en cuanto será posible, á la antigua forma de la monarquía,» el lugarteniente general ejercía las atribuciones reales, imponía al Parlamento el presidente Neuilly y solicitaba del papa autorización para proveer los beneficios vacantes, y más adelante nombrará un almirante y varios mariscales. Como los antiguos reyes, arrogábase el derecho de intervenir en las elecciones municipales y de establecer la candidatura oficial; así en las elecciones efectuadas en París, en agosto de 1591, hizo elegir regidor á Rolando, á quien la experiencia ó la fortuna había hecho más sensato, enfrente de Louchart, que era el candidato de los Diez y seis.

#### IV.—El conflicto

Esta nueva humillación acabó de irritar aquellos ánimos feroces, pues contrastaba con los elogios que les llegaban de fuera; Gregorio XIV (mayo de 1591), por ejemplo, ensalzaba su celo por la fe y animaba su valor.

La evasión del joven duque de Guisa (agosto de 1591), prisionero desde el drama de Blois, parecíales un milagro obrado por Dios para darles el soñado campeón de la buena causa. Expusieron sus agravios y formularon sus peticiones á Felipe II, declarándose humildes reconocidos á ese defensor del catolicismo, y le pidieron un rey: «Podemos ciertamente asegurar á Vuestra Majestad católica que los votos y los deseos de todos los católicos son ver á Vuestra Majestad católica empuñar el cetro de esta corona y reinar sobre nosotros.» Y para el caso de que esta carga le pareciese demasiado pesada, le suplicaban que les diera por soberana á su hija, la infanta Clara Isabel Eugenia, «la cual por sus raras virtudes atrae todas las miradas,» y al yerno que hubiese escogido (se referían al duque de Guisa).

En esto surgió la cuestión Brigard. Era éste un fervoroso católico que después de la Jornada de las Barricadas había sido nombrado procurador del rey en las Casas Consistoriales; como La Chapelle-Marteau y como Rolando habíase enfriado mucho y durante el sitio de Chartres había cometido el crimen imperdonable, en concepto de los puros, de mantener correspondencia con uno de sus tíos que figuraba en el partido del rey. El gobernador de la Bastilla, Bussy-Leclerc, le arrestó en 6 de abril y el Parlamento nombró para juzgarle una comisión presidida por el primer pre-

sidente Brissón. ¿Encontró este tribunal los hechos mal fundados ó inocentes las relaciones? Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que absolvió á Brigard (octubre de 1591), en vista de lo cual los Diez y seis juraron vengarse de aquellos políticos corrompidos.

En una reunión que celebraron el día 2 de noviembre, Cromé puso á la orden del día la traición del Parlamento. El párroco de San Jacobo emitió la opinión más violenta: «Hemos sufrido demasiado; es preciso emplear los cuchillos.» A fin de apasionar los ánimos Cromé mandó imprimir el relato del proceso de Brigard, y habiendo el procurador general Molé enviado algunos alguaciles para que se apoderaran de las hojas impresas, Cromé los expulsó é hizo custodiar la imprenta por arcabuceros de la compañía de Crucé, otro jefe de la facción. Estaba, pues, declarada la guerra. Los Diez y seis, á fin de asegurar el secreto de sus propósitos, delegaron sus poderes en un consejo de diez miembros encargado de pensar, mandar y obrar por todos; y ese comité de salud pública, al que se agregaron Cromé, Crucé, Soly, Bussy-Leclerc y los párrocos de San Jacobo y de San Cosme, determinó todos los detalles de la jornada revolucionaria que había de aterrorizar á los políticos. Sin embargo, al primer presidente del Parlamento Brissón no le faltaban avisos de lo que ocurría: de Laón, en donde estaba Mayenne, habíanle advertido, en el mes de septiembre, que desconfiara, y el abad de Santa Genoveva, de París, que tenía inteligencias en todos los partidos, le hacía decir que su vida se hallaba amenazada. Brissón sabía el odio con que le perseguían los Diez y seis; pero, indeciso por naturaleza, confiaba á la Providencia el cuidado de protegerlo; y la víspera misma del día en que había de ser herido, respondió á Prevost, párroco de San Severino, que le incitaba á huir, que se abandonaba á su destino.

En la noche del 14 al 15 de noviembre, los Diez y seis se reunieron en el domicilio del párroco de San Jacobo, y al rayar el alba, éste y la Bruyere llevaron á los napolitanos, y el párroco de San Cosme, Hamilton, á los españoles, una declaración que explicaba el levantamiento armado. Bussy-Leclerc, Louchart, Lenormant y Anroux fueron á apostarse á la entrada del puente Saint-Michel, desde donde acecharon el paso del primer presidente; y al aparecer éste, Lenormant y Anroux le agarraron por el cuello y se lo llevaron al Pequeño Chatelet, en donde compareció ante un tribunal improvisado en el que «hacía de juez» Cochery, abogado del Chatelet. Cromé le interrogó por fórmula acerca de sus relaciones con los realistas y de la absolución de Brigard, y Ameline, uno de los más fanáticos de los Diez y seis, que asistía al interrogatorio ostentando un roquete negro con una gran cruz encarnada, golpeó el hombro del condenado y pronunció las palabras de muerte: «El te ha señalado hoy para que le entregues el alma, y gozas de un gran favor, pues no morirás en público como traidor á la ciudad.»

El verdugo, Juan Roseau, que había sido requerido, fué introducido en la sala del consejo y preguntado sobre si el lugar se prestaba á una ejecución, á lo que respondió afirmativamente. Entonces Cromé le ordenó que fuese á buscar al presidente Brissón y lo ahorcara allí mismo; Juan Roseau, espantado, protestó diciendo

que no quería dar muerte sin mandato de la justicia. Le amenazaron con ahorcarle á él si no obedecía en el acto, y ante tal intimación, pidió que le dejaran salir en busca de cuerdas; pero el carcelero del Chatelet, Dantán, se encargó de proporcionárselas y no tuvo más remedio que resignarse, coger al primer presidente y atarle las manos. Brissón pidió la cruz que llevaba colgada al cuello, sobre la piel, y después de haberla besado varias veces, se entregó á sus ejecutores, quienes le colgaron de una viga.

Al mismo tiempo, Choulier había arrestado á Larcher, consejero de la primera cámara, y Hamilton, acompañado de algunos sacerdotes y otros individuos de la facción, á Tardif, consejero del Chatelet, que estaba en la cama. Ambos consejeros fueron llevados delante del cuerpo de Brissón y ahorcados al lado de éste. A mediodía todo había concluido; por la noche los secuaces de los Diez y seis se dieron un gran banquete junto á los cadáveres, y Carlos Du Sur, droguero, apodado Pierna de Palo, escribió en unos carteles en gruesos caracteres los nombres de los ajusticiados y la causa de su suplicio.

El comité de los diez había decidido exponer sus víctimas en la plaza de Greve. A las cuatro de la madrugada siguiente, salió del Pequeño Chatelet una procesión: abrían la marcha un centenar de hombres armados y provistos de linternas sordas; á quince pasos iban tres mozos de cordel, llevando á la espalda los cuerpos desnudos de Brissón, Tardif y Larcher, escoltados por el verdugo y sus ayudantes, y cerraba el cortejo otro grupo de gente armada. Cuando la comitiva llegó al sitio en donde solían llevarse á cabo las ejecuciones, los cadáveres fueron atados á la horca, con las siguientes inscripciones infamantes colgadas en los cuellos: Bernabé Brissón, uno de los jefes de los traidores, y hereje;—Claudio Larcher, uno de los fautores de los traidores, y hereje;—Tardif, uno de los enemigos de Dios y de los príncipes católicos.

El efecto que este espectáculo produjo en el pueblo no fué el que los Diez y seis esperaban; y por más que Bussy Leclerc, el orador del partido, dijo que los políticos querían entregar la ciudad y que si los Diez y seis no se les hubiesen anticipado, todo estaba perdido, la muchedumbre permaneció indiferente ó se conmovió, y hasta hubo algunas personas que censuraron aquel acto.

El partido quería á lo menos arrancar al Consejo general de la Liga el establecimiento de aquel tribunal de excepción que no cesaba de reclamar; y el párroco de San Benito, Boucher, que entró en París algunas horas después de los asesinatos, presentó á la aprobación del gobernador y de Madamas de Montpensier y de Nemours el proyecto de una cámara ardiente destinada á juzgar á los herejes y á los fautores de herejía. En la lista de los consejeros figuraban los principales autores del crimen, y Cromé estaba inscrito como presidente; de suerte que los asesinos, transformados en jueces, podrían destruir de una manera regular á sus adversarios.

Los políticos, que temblaban de miedo, suplicaron á la duquesa de Nemours que los tomara bajo su protección, y la madre de Mayenne escribió á éste, en los términos más apremiantes, que viniera á París. El duque vacilaba, pues temía entrar en lucha con aquel partido violento; pero al fin la atrocidad del hecho le de-



ció. Los Diez y seis salieron á recibirle en corporación hasta Saint-Antoine des Champs, y Mayenne, aunque resuelto á disimular, no les dispensó muy buena acogida; sin embargo, antes de hacer nada quería enterarse del estado de ánimo de los parisienses. Presidió en las Casas Consistoriales una asamblea, en la que los fanáticos le suplicaron que apaciguara los espíritus, y los políticos que hiciera justicia. La burguesía estaba harta y hastiada del yugo de los sectarios, y hasta algunos ligeros violentos, como el abogado general Dorleans y el sastre La Rue, se habían separado ruidosamente de aquel partido manchado de sangre. Los magistrados, desde el asesinato del primer presidente, se negaban á actuar; los coroneles de las compañías burguesas ofrecían su ayuda al lugarteniente general si quería proceder con rigor, y los hombres de guerra que le acompañaban le incitaban á deshacerse de aquella demagogia facciosa. En aquella ocasión, los Diez y seis no estuvieron muy bien servidos. Mayenne, á la primera intimación que hizo á Bussy-Leclerc (1.º de diciembre), recibió las llaves de la Bastilla, y merced á las simpatías con que contaba fué dueño de París. Hasta el último momento puso buena cara á aquellos á quienes de antemano había condenado, habiendo aceptado el vino que le envió el comisario Louchart y bebido á la salud del que se lo regalaba; pero el día 4 de diciembre, Louchart, Ameline, Aymonnot y Anroux fueron arrestados en sus domicilios, conducidos al Louvre y ahorcados sin formación de causa. El canónigo Launay, Cromé y Cochery, advertidos de la suerte que les aguardaba, huyeron á Flandes; Crucé fué detenido, pero Boucher le salvó la vida: otros miembros de los Diez y seis fueron encarcelados.

Si Mayenne hubiese hecho caso de los políticos, no se habría limitado á esto el castigo; aconsejábanle aquellos, en efecto, que sentara la mano á los predicadores, pero el duque era demasiado discreto para cerrar las bocas que predicaban el odio á los herejes, pues con ello más que á su causa habría favorecido la de Enrique IV. Quizás también vacilaba en dar el espectáculo de un partido católico que exterminaba á los sacerdotes. Satisfecho de haber amedrentado á los Diez y seis y consolidado su autoridad, proclamó una amnistía general é impuso silencio y olvido de todo lo pasado, y prohibió para el porvenir toda clase de asociación, y especialmente la de los Diez y seis. El partido de los fanáticos y de los teólogos que había expulsado de París á Enrique III é impedido á Enrique IV entrar en ella, estaba destruido.

## CAPÍTULO V

### IMPOTENCIA DE LOS PARTIDOS (1)

I. Equilibrio de las fuerzas militares. - II. Fracaso de las negociaciones. - Formación de terceros partidos

#### I. - Equilibrio de las fuerzas militares

El golpe asestado sobre los Diez y seis, ¿á quién aprovecharía, á Mayenne ó á Enrique IV?

El rey llamaba en su auxilio á las potencias amigas,

(1) FUENTES: *Lettres missives*, III. *Mémoires de la Ligue*, V. *Archives curieuses*, XIII. *Mémoires-journaux de L'Estole*, V. *Mémoires de Claude Groulart ou voyages par lui faits en cour*.

siendo el vizconde de Turena el encargado de hacer ver á Isabel y á los príncipes alemanes que la causa del rey de Francia era también la causa del protestantismo europeo. Los Estados generales de Holanda prestaron 30.000 escudos; la reina de Inglaterra envió 4 000 soldados á las órdenes de su favorito, el conde de Essex; y el margrave de Brandeburgo, los duques de Sajonia y de Wurtemberg, el landgrave de Hesse y el conde palatino se comprometieron á organizar un ejército de socorro. El 11 de agosto de 1591 formaron en parada, cerca de Francfort, 6.800 raites y 10.000 lansquenetes, que en seguida emprendieron el camino de Francia, al mando del joven Cristián de Anhalt-Bernburgo. Enrique salió á recibir á estos auxiliares en Sedán, y después de revistarlos en la llanura de Vandy (29 de septiembre de 1591), resolvió atacar con aquellas fuerzas Ruán y terminar, con la toma de esta ciudad, la conquista de Normandía; y al efecto ordenó al mariscal de Birón que comenzara el asedio en tanto que él iba á reunirse con el resto de las tropas. La desaparición del ejército de la Unión, el fraccionamiento y la diseminación de la resistencia y la constancia de las grandes ciudades en su fe en la Liga, le obligaban á hacer esta guerra de sitios tan opuesta á su temperamento.

El gobernador de Ruán nombrado por la Liga era Villars-Brancas, excelente hidalgo provenzal que lo había sido antes del Havre y que había arrebatado á Mayenne el mando de aquella plaza y la lugartenencia general de Normandía.

Los buques que armaba en corso en el Havre infestaban la Mancha y apresaban barcos mercantes ingleses, poniéndoles precio de rescate. Con los provechos de la guerra marítima pagaba á sus soldados. Apenas hubo husmeado los propósitos del rey, reunió gentes de armas de todas procedencias, expulsó de la plaza á los realistas y á los sospechosos y trabajó para aumentar los medios de defensa. La ciudad, oprimida entre el Sena y la costa brava, se esconde al pie de la meseta defendida por la ciudadela de Santa Catalina. El asaltante podía, á su antojo, deslizarse á lo largo del valle y atacar directamente la plaza, ó apoderarse de la fortaleza para desde allí abrasar con sus fuegos la ciudad. Este último partido era el más seguro, pero también el más difícil y de ejecución más larga; Birón lo adoptó por razones que no eran todas de índole militar, pues decíase que temía toda victoria decisiva de la causa real que, precipitando el término de la guerra civil, le deja-

1588-1606. Mich y Pouj., 1.ª serie, XI. *Mémoires d'Etat de Villeroi*, I y II. Palma Cayet, *Chronologie novenaire*. *Mémoires des sages et royales Oeconomies de Sully* (1638). *Mémoires de Cheverny*, M. y P., X. *Mémoires et correspondance de Du Plessis-Mornay*, IV-V. De Thou, XI y XII. Matthieu, *Histoire de Henri III*, 1631. D'Aubigné, VIII. Moreau, *Histoire de ce qui s'est passé en Bretagne durant les guerres de la Ligue*, publicada por M. Le Bastard de Mesmeur, 1836. Coloma, *Las guerras de los Estados Baxo: desde el año de 1588 hasta el de 1599*, Amberes, 1625. Luis Cabrera de Córdoba, *Felipe segundo*, III, 1877.

OBRA DE CONSULTA: L'Epinois, *La Ligue et les papes*. Leger, *Le siège de Rouen par Henri IV, d'après des documents inédits*, «Revue historique», VII, mayo de 1878. Vizconde de Estaintot, *La Ligue normande*. Fornerón, *Philippe II*, IV. Anquez, *Henri IV et l'Allemagne*, 1887. A. Baudrillart, *La politique de Henri IV en Allemagne*, «Revue des Quest. hist.», XXXVII, abril de 1885. Dufayard, *Les dignitaires*. Marqués de Pidal, *Felipe II, Antonio Pérez y el reino de Aragón*.

ría sin empleo y le obligaría á retirarse á su casa sin gloria y sobre todo sin provecho. Cuando hubo iniciado el ataque de Santa Catalina, el capitán Bois-Rosé, soldado de fortuna que mandaba la ciudadela, utilizó los trabajadores que en profusión le facilitaba Ruán,

sobreexcitarlas, y mandó ahorcar á algunos traidores y levantar horcas en las principales plazas á modo de advertencia. Los predicadores, en tanto, enardecían á las masas. El gobernador, los Tribunales supremos y el pueblo entero asistieron á una procesión á cuya cabeza



Nominis eiusdem tecum Regesque, Ducisque,  
Iurisque tunc Proceres Celsissime, stirpis,  
Currenti est, Princeps, tibi non opus, addere calcem:  
A quo nomen habes, aderit tibi ad omnia CHRISTVS.

Lucas Kilian. sculp. et excud. A. 1615.

Cristián II de Anhalt-Bernburgo

para remover la tierra y cubrir las fortificaciones con atrincheramientos improvisados.

En el entretanto había llegado el rey (13 de diciembre). Desde Vernón (1.º de diciembre) había intimado la rendición á la ciudad, pero los habitantes de ésta contestaron al heraldo que estaban dispuestos «á morir todos antes que reconocer como rey de Francia á un hereje.» Villars-Brancas tal vez no era un católico intratable y tenía por consejero al poeta Desportes, aquel cantor fácil de los favoritos de Enrique III; pero conocía el poder de las pasiones religiosas y trabajó para

iba un grupo de 300 ciudadanos descalzos, cada uno con un cirio de cera blanca (8 de diciembre), y detrás de ellos 1.500 niños vestidos de blanco. En la iglesia de San Ouén, en donde se celebró una misa solemne, el gran penitenciario Dadré subió al púlpito y comentó el texto del Libro santo: *Nolite jugum ducere cum infidelibus* (guardaos de obrar de acuerdo con los herejes). Aquellos ciudadanos fanatizados valían tanto como soldados, y un día en que hubo una gran escaramuza fué preciso cerrar las puertas para evitar que salieran á combatir.